



Narcisismo, Amor y Misticismo en *El Segundo Sexo* y en las novelas memorialistas de Simone de Beauvoir: Una hermenéutica de la sospecha y de la facticidad.

Lourdes Otero León

Resumen

Este año que termina se cumplen 60 años de la publicación de *El segundo sexo* (1949), si leemos los testimonios de las lectoras de la época hablan del shock que supuso el descubrimiento de la situación de opresión en la que vivían. Después de años de crecientes aspiraciones de igualdad, de la lucha por el voto o la lucha por la igualdad constitucional de los sexos, con Beauvoir, se produce una inflexión en el feminismo: la cuestión pasa a ser las vivencias de la mujer en la pareja, en la sexualidad y en la familia. Beauvoir no sólo se hace cargo de su propia experiencia en una radical hermenéutica de la facticidad, de *la experiencia vivida* -la segunda parte de la obra se titula así-, sino que lleva adelante, frente al patriarcalismo, una auténtica hermenéutica de la sospecha comparable a las que Freud, con respecto a la conciencia, Nietzsche, con referencia a la moral, y Marx, con respecto a las ideologías, realizaron en su momento.

Introducción

Beauvoir, en la segunda parte de *El segundo sexo*, describe las formas de *violencia simbólica* que ejerce el patriarcalismo sobre las mujeres cuando, en relación al enamoramiento, al amor conyugal y la maternidad, apela a falsas bellas imágenes que condenan a la mujer a la inmanencia. La mujer, en lugar de volcarse en la acción y en su propio proyecto transformador de la realidad -lo que sería una verdadera trascendencia-, a causa de las imágenes simbólicas difundidas por la cultura prefiere convertirse en un objeto sublime; prefiere sentirse merecedora de un gran amor, a ser un verdadero sujeto activo y creador. La enamorada, la narcisista y la mística tienen en común que eligen “la ilusión de ser amadas”, y así salvarse por el amor de un ser supuestamente superior -ya sea el amado, el padre o el hijo, la opinión de los demás, o Dios-, a ser las protagonistas de su propio destino y de su propio proyecto personal; prefieren ser objeto de adoración a ser verdaderos sujetos.

Imágenes simbólicas de nuestra cultura, como la sobreprotección, la dulzura o la santidad, atribuidas por el patriarcalismo a la femineidad, se convierten así en mentiras opresoras que ahogan la vida y la verdadera dicha en el amor, la pareja o la maternidad. A este tipo de imágenes las denuncia ya Beauvoir como una forma de violencia ejercida por los mitos del patriarcalismo contra las mujeres, y Beauvoir quiere desmitificarlos. Hoy a este tipo de violencia la denominaríamos *violencia simbólica*, éste se trata de un concepto de P. Bourdieu que, como veremos, hace referencia a la imposición a los sujetos dominados de un esquema valorativo de la realidad, que enmascara tanto los privilegios de los sujetos dominantes como la sumisión exigida a los dominados. La violencia de las bellas imágenes, a las que hacíamos referencia, consiste en que no dejan pensar a las mujeres con las categorías que podrían hacerlas

conscientes de su situación: la infelicidad en la sexualidad, en la pareja y en la familia, a la que están abocadas a causa de estas sublimes y opresoras imágenes del eterno femenino. Este tipo de símbolos –belleza, delicadeza, dulzura, completa entrega en el amor, abnegación total en la crianza de los hijos...- conllevan culpabilidad, frustración y sumisión, y arrastran a las mujeres a extrañas formas de sadomasoquismo en su relación con los sujetos dominantes –ya se trate nuevamente del amado, de la opinión o de Dios-.

Para esta denuncia, Beauvoir se inspira en su propia experiencia autobiográfica. En *El segundo sexo*, como nos confiesa en *La fuerza de las cosas*, Simone de Beauvoir quiere hablar de sí misma; por eso, como veremos, existe una continuidad temática entre la segunda parte de esta obra, las memorias y las novelas memorialistas: el tema del narcisismo en la primera infancia y en la juventud, y sus vínculos con el misticismo y al masoquismo, aparece ya en *Las Memorias de una joven formal*¹, que es el primera parte de sus memorias. Esta misma temática, ligada a la del amor infeliz y los celos es el tema de su primera novela, *La invitada*², basada en la experiencia autobiográfica del trío de Rouen (Simone-Olga-Sartre) y en las infidelidades de Sartre, entre otras, con la hermana pequeña de Olga Kosakicvitz -que aparecen reflejadas en el segundo tomo de sus memorias, *La plenitud de la vida*³. Los diferentes tipos de amor, ligados esta vez al tema del viaje, son uno de los centros temáticos de su novela premiada con el Goncourt, *Los Mandarines*⁴, también inspirada en su experiencia biográfica, recogida esta vez en la tercera parte de sus memorias, titulada *La fuerza de las cosas*⁵; donde la autora nos relata su viaje a Estados Unidos y su relación con el escritor americano N. Algren. Finalmente, en la novela corta *La mujer rota*⁶, aparece su terror ante el envejecimiento, ligado nuevamente a los celos, la mala fe, y el sadomasoquismo, preocupaciones todas ellas que aparecen en toda su obra y también en los últimos tomos de sus memorias, *Final de cuentas*⁷ y *La ceremonia del adiós*⁸. En definitiva, como decíamos, la hermenéutica de la facticidad y la hermenéutica de la sospecha se complementan como métodos de desenmascaramiento, en la tarea de zapa de Simone de Beauvoir contra las opresivas y culpabilizadoras falsas imágenes de la felicidad, con las que el sistema de valores patriarcal arranca la sumisión de las mujeres y hace infelices tanto a los hombres como a las mujeres.

¹ De Beauvoir, S., *Mémoires d'une jeune fille rangée*, París, Gallimard, 1958, coll Folio, 1982 (trad. esp. *Memorias de una joven formal*, Barcelona, Edhasa, 1981).

² De Beauvoir, S., *L'Invitée*, París, Gallimard, 1943, (trad. esp. *La invitada*, Barcelona, Edhasa, 1984).

³ De Beauvoir, S., *La force de l'âge*, París, Gallimard, 1960, coll. Folio, dos volúmenes, 1983 (trad. esp. *La plenitud de la vida*, Buenos Aires, Edit. Sudamericana, 1962).

⁴ De Beauvoir, S., *Les mandarins*, París, Gallimard, 1954, pág. 115, (trad. esp. *Los Mandarines*, Barcelona, Edhasa, 1982).

⁵ De Beauvoir, S., *La force des choses*, París, Gallimard, 1963, (trad. esp. *La fuerza de las cosas*, Barcelona, Edhasa, 1980).

⁶ De Beauvoir, S., *La femme rompue*, París, Gallimard, 1968, Folio, 1972. Incluye tres breves novelas: "Monologue", "L'âge de discretion" y "La femme rompue" (trad. esp. *La mujer rota*, Barcelona, Seix Barral, 1986).

⁷ De Beauvoir, S., *Tout compte fait*, París, Gallimard, 1972, Folio, 1978 (trad. esp. *Final de cuentas*, Barcelona, Testimonio Edhasa, 1984).

⁸ De Beauvoir, S., *La cérémonie des adieux suivi de Entretiens avec Jean-Paul Sartre Août-Septembre 1974*, París, Gallimard, 1981. Folio, 1987 (trad. esp. *La ceremonia del adiós*, Barcelona, Edhasa, 1982).

1. El Segundo Sexo: Una Hermenéutica de la sospecha.

Simone de Beauvoir retoma del marxismo los conceptos de dominación y de alienación y los utiliza hermenéuticamente en sus análisis: sospechando que detrás de toda opresión y de toda alienación se esconde como arquetipo la dominación de la mujer por el hombre⁹. Más allá de Marx, se retrotrae a Hegel y a su teoría de la dialéctica del amo y del esclavo. En *La fenomenología del espíritu*, Hegel designa la conciencia del esclavo como conciencia que no ha arriesgado la vida y que ha quedado por tanto supeditada al amo, quien sí ha arriesgado la vida en el combate, lo mismo la ocurre a la conciencia femenina, como conciencia servil y conciencia dependiente: a la mujer su estatus le viene dado por el del padre, el hermano o el marido; por tanto ella se identifica con sus intereses y su identidad le viene dada en cuanto vasalla del hombre.

Beauvoir da un paso más allá del marxismo cuando afirma que no bastaría la dialéctica de la lucha de clases para resolver la situación de opresión de la mujer. La autora reduplica la hermenéutica de la sospecha de Marx, sospechando del concepto de alienación económica del propio Marx. No obstante, su opinión al respecto sufre una evolución a lo largo de los años, como expone la historiadora Sylvie Chaperon¹⁰:

- Comienza pensando que la solución vendría dada individualmente, por la independencia del trabajo remunerado, y colectivamente por el triunfo de la revolución socialista.
- La mujer debería ocuparse de otras cosas que de ella misma, es decir, la lucha política de las feministas debería dirigirse hacia otros frentes como la guerra de Vietnam o la guerra de Argelia. De hecho, Simone de Beauvoir declaraba que no se había identificado con la causa feminista, con anterioridad a la publicación de *El segundo sexo*, porque el feminismo de la época era un feminismo reformista que no la interesaba. El feminismo de Beauvoir es sin embargo teórico e ilustrado.
- A partir de su participación en el MLF, comienza a rechazar el socialismo como líder de las reivindicaciones femeninas.

Con la publicación de *El segundo sexo*, su enfrentamiento con los comunistas de la época como Jean Kanapa será abierto. Por ejemplo éste, con respecto a la obra, hace afirmaciones como que se trataba de una forma de “nihilismo nacional” o una forma de “exaltación de la depravación sexual”. Esto se explica porque el PCF, después de los años 30 se convirtió en una alternativa de gobierno con lo que refrenó su vanguardismo y adoptó los valores tradicionales como la familia o la natalidad, y se acentuó con la guerra fría, el partido para defenderse asume una mística de la familia proletaria y de la maternidad. Además con la estalinización del partido se prohibió cualquier expresión de crítica interna.

De todos modos, Simone de Beauvoir estaba convencida de que las diferencias entre ambos sexos con el triunfo de la igualdad desaparecerían. Como existencialista tendía a rechazar conceptos como “diferencia” o “diferencia intrínseca”. En sus análisis parte del hecho de que la mujer por la cultura es considerada como “otra”¹¹: “La historia nos muestra que los hombres han tenido siempre poderes concretos; desde los comienzos del patriarcado han juzgado útil mantener a la mujer en un estado de

⁹ De Beauvoir, S., *Le deuxième sexe*, “Le point de vue du materialisme historique”, Paris, Gallimard, 1949 (trad. esp. *El Segundo Sexo*, “El punto de vista del materialismo histórico”, Buenos Aires, Siglo XX, 2º vol, 1970, págs.76-84).

¹⁰ Chaperon, S., *Les années Beauvoir (1945-1970)*, Paris, Fayard, 2000, pág. 145.

¹¹ *El Segundo Sexo*, “Introducción”, vol. I, pág.12.

dependencia; convertida concretamente en el Otro¹², como diferente al varón y esta es la clave de la opresión femenina. Si la mujer no nace, es fruto de una sociedad y de una cultura, cuando esa sociedad y esa cultura cambien las diferencias serán abolidas: “no se nace mujer: llega una a serlo”¹³, es tal vez la frase más conocida de esta obra.

Esta negación de la diferencia puede ser una tesis muy cuestionada por el feminismo contemporáneo, pero por resaltar también sus aportaciones hay que decir que Simone de Beauvoir tuvo la perspicacia de abordar las relaciones entre los sexos como un fenómeno muy complejo que una sola ciencia no podría abordar: ella nos remite a todas las ciencias humanas, desde la biología hasta la antropología del momento -renovada por M. Mead y C. Lévi-Strauss-, la psicología, la sexología, el freudismo, y el estructuralismo¹⁴. Esta amplitud de miras ha llevado a acusarla de inexactitudes en sus teorías, pero hay que reconocer que con ellas Beauvoir realiza una hermenéutica arqueológica y psicoanalítica de la sexualidad femenina¹⁵, y que es el origen al que han de remitirse los estudios actuales sobre mujeres.

Después del estudio sobre estos hechos que recoge la ciencia, la historia resulta bastante concluyente¹⁶: la mujer no ha dominado, las mujeres nunca se rebelaron y si consiguieron algo fue porque los hombres estuvieron dispuestos a ceder. Los hombres han tenido en sus manos siempre los intereses de las mujeres y por tanto el feminismo no es un movimiento autónomo. Las mujeres nunca han sido una casta superada, nunca han tenido conciencia de sí como grupo y por tanto no han conseguido ninguna reivindicación. Cuando las sufragistas alcanzaron progresivamente el voto sus reivindicaciones dejaron de tener sentido y por tanto el feminismo reivindicativo de los orígenes deja también de tener sentido. Frente a este tipo de feminismo, la hermenéutica feminista de Beauvoir denuncia y deconstruye los mitos en los que se asienta la falsa conciencia, la conciencia esclava de las mujeres. Al respecto es significativo que cuando habla de las mujeres se refiere a ellas en tercera persona -dice las mujeres tal o las mujeres cual-, no se siente participe de esa casta sin conciencia de sí, o peor con una conciencia alienada, con una conciencia sometida.

Cuando Simone de Beauvoir estudia los mitos sobre la condición femenina¹⁷, Beauvoir desmitifica las mistificaciones creadas por los hombres sobre la mujer, no sólo como errores sino como justificaciones para el ejercicio de la violencia y de la opresión sobre las mujeres. Una violencia que no tiene por qué ser explícita porque se ejerce como *violencia simbólica* y que consiste en no dejar pensar a las mujeres con las categorías con las cuales podrían hacerse conscientes de su situación. *La violencia simbólica* es un concepto creado por Pierre Bourdieu, como decíamos en la introducción, y que en ciencias sociales se utiliza para describir las formas de violencia no ejercidas directamente mediante la fuerza física, sino a través de la imposición por parte de los sujetos dominados a los sujetos dominantes de un esquema valorativo de la realidad. Como ejemplo está el dominio masculino sobre las mujeres, justificado mediante las supuestas diferencias naturales, como origen de las diferencias entre géneros: «La violencia simbólica es esa violencia que arranca sumisiones que ni siquiera se perciben como tales apoyándose en unas expectativas colectivas en unas creencias socialmente inculcadas»¹⁸. Los mitos del patriarcalismo tienen esa función, y Beauvoir quiere desmitificarlos, como vamos a ver. Para los hombres la mujer es un

¹² Ibidem, “Mitos”, vol I, pág. 187.

¹³ Ibidem, “Infancia”, vol II, pág. 13.

¹⁴ Ibidem, “Los elementos de la Biología”, vol. I, págs. 29-61.

¹⁵ Cfr. Ibidem, “El punto de vista psicoanalítico”, vol. I, págs.62-75.

¹⁶ Ibidem, “Historia”, vol I, págs. 85-186.

¹⁷ Ibidem, “Mitos”, vol I, págs.187-318.

¹⁸ Bourdieu, P., *Meditaciones Pascalianas*, Barcelona, Anagrama, 1999, pág. 173.

ser intermedio entre la naturaleza y el varón: "El hombre busca en la mujer el Otro como naturaleza y como su semejante"¹⁹. La mujer es un ser ambivalente, extraño y confuso, exento de toda lógica, con una magia equívoca que condena al varón a la finitud, pero que también le promete ir más allá de sus propios límites: "Confundiéndose con el agua, la tierra, la noche, con la Nada, con el Todo"²⁰. La mujer es un ser al que no se le impone el silencio hostil de la naturaleza, pero al que no se le impone tampoco las duras exigencias del reconocimiento recíproco entre iguales. La mujer es a la vez un ser humano y una posesión. La mujer debe aceptar este estatus que le lleva a acompañar al hombre sin oponerse con la fuerza que lo haría un compañero varón. La mujer es lo que los hombres la hacen ser, lo que la cultura pretende que sea. Por el contrario, Beauvoir propone que la mujer ha de hacerse ser como ella quiere. Para defender esta tesis Beauvoir va a hacer un recorrido, en la segunda parte, por las diferentes edades que atraviesa una mujer: la infancia, la iniciación sexual, la adolescencia, la vida de la mujer casada. En estos análisis nos remite de nuevo a la hermenéutica de la facticidad, a su experiencia vivida.

Respecto a la infancia²¹, nos dice que a la niña se la educa de forma diferente al varón, se las colma de arrumacos, y se las pone una muñeca en las manos para que la cuiden y acaricien como los adultos hacen con ellos. Sin embargo a los varones se les educa para la independencia y la represión de los sentimientos. En las niñas se fomenta un conflicto entre su ser para ellas y su ser para otro pues se las educa para gustar y por consiguiente tienen que renunciar a su autonomía para convertirse en el objeto que gusta, se les trata como a muñecas y se les sustrae así su libertad. Respecto a la iniciación sexual, como veremos, un aspecto clave es el masoquismo²² potenciado en la mujer por los sentimientos religiosos de sacrificio y abnegación en la aspiración a la santidad y el martirio. Las reflexiones sobre el sexo conyugal y las relaciones entre los sexos se abordarán en el apartado siguiente.

2. La narcisista, la mística, la enamorada: *El Segundo Sexo* y la experiencia vivida

Cuando Simone de Beauvoir denunció filosóficamente la opresión masculina a partir de la sexualidad, la izquierda y la derecha francesas de aquel entonces se colacionaron en una misma alianza para demoler lo que el escritor François Mauriac denunciaba como la literatura de Saint-Germain-des-Prés que alcanzó los límites de lo abyecto. Representante de la derecha católica, Mauriac impugnó los capítulos de *El segundo sexo* ligados a la sexualidad de la mujer a un punto tal que, según resalta la historiadora y socióloga Sylvie Chaperon, "la contracepción y el aborto estaban ligados a la neurosis, al vicio, a la perversidad y a la homosexualidad"²³. Ni siquiera la izquierda se salvó del ridículo. Representantes de uno de esos "progresismos ambiguos", los comunistas demolieron el libro de Beauvoir atacando a la autora con un argumento conocido: "Las mujeres sólo se liberarán mediante la lucha de clases". La izquierda consideraba en aquella época que el "error de la señora Beauvoir consiste en creer que el opresor es el macho"²⁴.

¹⁹ *El segundo sexo*, "Mitos", vol I, págs.187-318.

²⁰ Ibidem, "Mitos", vol I, pág. 196.

²¹ Ibidem, "Infancia", vol II, págs.13-72.

²² Cfr. Ibidem, "La iniciación sexual", vol II, págs. 117-152.

²³ Chaperon, S., *Les années Beauvoir (1945-1970)*, Paris, Fayard, 2000, pág. 145.

²⁴ Es interesante al respecto el estudio de la recepción de *El Segundo Sexo* realizado por Galster, en "*Les limites de l'abjet. La recepción de El segundo sexo en 1949*, o.c., págs. 183-198. También la de López Pardini, T., "Significado de *El Segundo Sexo* en la Historia de la

El mito de la Simone de Beauvoir fría y desapasionada tiene que ver con esta obra, pero frialdad²⁵ y lucidez fenomenológica van de la mano en la obra. Para analizar las relaciones conyugales desde el punto de vista de las categorías del existencialismo, la autora afirma que la mujer ejerce la inmanencia mientras que el hombre toma el papel de la trascendencia. Esta distribución de papeles nos remite a la tradición judeocristiana. La trascendencia de la mujer se frustra continuamente porque su cometido es luchar contra un enemigo impersonal en vez de dedicarse a fines con una repercusión social. En cuanto a la vida de casada, afirma que si la mujer permanece dentro del hogar, como quiere la tradición en la sociedad patriarcal, esta situación la lleva a la situación maniquea de luchar contra el mal que es el desorden en la sociedad, en una tarea infinita e imposible, vencer el desorden en su propia casa.

Respecto al amor y el erotismo, que es lo que ahora nos va a ocupar, Beauvoir ve una contradicción entre la vivencia del amor en una institución como el matrimonio, legitimada por la ley y las costumbres, y las expectativas sobre el amor de la mujer joven cuando accede a él. Sus ilusiones desaparecen cuando se da cuenta dentro de la institución familiar que su papel es la sumisión al marido. Esto es lo que quiere la tradición y la costumbre tanto en el plano erótico como en el plano social, lo que quiere decir que el marido es el protector, proveedor y guía a la vez que el macho con el que hay que compartir una experiencia erótica que puede oscilar entre lo maravilloso, lo vergonzoso, lo barroco, o lo odioso²⁶. Dependiendo de la personalidad del varón, este espectro va del mentor al fauno con una multiplicidad de posibles formas.

Algunas veces el marido se convierte en un padre amante y el acto sexual en una orgía sagrada, de forma que la esposa enamorada es la amante que encuentra en brazos de su amor la salvación definitiva, pero a cambio de una dimisión total de sí misma. Sin embargo esta posibilidad es rara para Beauvoir, en el seno de la vida conyugal es más frecuente que la mujer ame platónicamente a su marido, pero que sin embargo sea frígida entre sus brazos o bien que viva el placer como parte de su fracaso común, porque no hay más que placer entre los dos. Lo que ocurriría, sin embargo, en ambos casos es que la mujer, a causa del papel que se espera del varón en el acto sexual, considere a su marido como un superior al que respeta en todos los planos.

En todo caso, la joven esposa no suele ser sincera con respecto a sus sentimientos. Considera que amar al esposo es un deber tanto ante sí misma como ante la sociedad. Esto lleva a vivir la situación conyugal desde “la mala fe”, lo que es otra forma de caer en inmanencia, una caída consentida por la mujer y por la sociedad. En una nota al pie de *El ser y la nada*²⁷, Sartre señala que la “autenticidad” constituye la “reasunción del ser podrido por sí mismo”, podredumbre que le viene de su “mala fe”. ¿Qué es la “mala fe”? Mentirse a sí mismo. Enmascararse uno mismo la verdad. Simone de Beauvoir sabe que la “mala fe” afecta especialmente a la mujer sometida. ¿Qué verdad se oculta esa mujer? La libertad y su responsabilidad de actuar libremente.

De otro lado, el matrimonio le lleva al hombre a un despotismo caprichoso, ya no se contenta con ser aprobado y hasta admirado por la mujer, si no que quiere ordenar y erigirse en soberano. Cuando la mujer resiste, tiende a cerrarse en las opiniones que mantenía en su infancia y en su adolescencia, en definitiva, apoyándose en valo-

Teoría Feminista”, *50 Aniversario de El Segundo Sexo de Simone de Beauvoir*, Gijón, Jornadas Conmemorativas, págs. 20-39.

²⁵ El análisis del amor y del sexo conyugal en *El segundo sexo* nada tiene que ver con la ternura de las cartas a Sartre a Bost o Algren.

²⁶ Cfr. *Le deuxième sexe*, “La mujer casada”, vol II, págs. 194 y ss.

²⁷ *L'Être et le Néant* (Essai d'Ontologie phénoménologique), París, Gallimard, 1954 (trad. esp. de Juan Valmar, *El ser y la nada* (Ensayo de ontología fenomenológica), Buenos Aires, Editorial Losada, 1966).

res que tampoco son suyos, y renunciando, por tanto, también así a su autonomía. Si a esto se junta la desilusión sexual, cuando viene el marido, la mujer se dedica sistemáticamente a llevarle la contraria. En definitiva, de una manera u otra intenta humillarlo en su virilidad. Sin embargo, pese a este estado de cosas, la mujer rara vez quiere romper el matrimonio, porque si conseguir un marido es una arte, conservarlo es un oficio²⁸. Además, en estos conflictos de poder, está en juego lo más sagrado para la ideología burguesa: la seguridad material y moral del hogar y de los hijos, lo que hace que el varón también apueste por la continuidad matrimonial. De otra parte, el problema no está en “la mala fe” de las mujeres ni de los hombres, sino lo que falla es la propia institución que aboca a la infelicidad a los cónyuges.

Respecto a la maternidad, le dedica todo un capítulo extenso, en el que las primeras páginas aluden a los embarazos no deseados, a los problemas del aborto y los anticonceptivos, y esto en un momento en que en Francia eran ilegales tanto el aborto como los anticonceptivos. Ya comentamos que esto cayó como una bomba no solo para la derecha y la Iglesia sino para el Partido Comunista que mantenía también una política natalista, refrendando valores tradicionales como la familia y la maternidad. Beauvoir toma también una actitud desmitificadora con respecto a la maternidad²⁹: la sola maternidad no basta para colmar las aspiraciones de una mujer. Los hijos no son una tarea más satisfactoria que cualquier otra tarea emprendida por una mujer. Además los hijos no son un sustitutivo del amor y se utilizan como un reclamo para hacer valer la supuesta obligación de las mujeres de hacer seres felices de todos aquellos que tienen alrededor. También es un mito que los hijos sean un privilegio, lo que se sostiene en una tesis pseudonaturalista. Para terminar, tampoco es cierto que para los hijos sus padres sean un privilegio, según las tesis freudianas los padres educan a sus hijos desde sus obsesiones, frustraciones y complejos, con lo que se crea una cadena que se prolonga indefinidamente.

Más allá de la maternidad, Beauvoir estudia otros caminos a través de los cuales las mujeres han intentado su trascendencia más allá de la inmanencia a la que las condena el matrimonio y la maternidad. Estos caminos son tres el de la narcisista, la enamorada y la mística. Respecto al primer camino, se ha pretendido que el narcisismo es una actitud fundamental en toda mujer, pero lo cierto es que las circunstancias invitan a la mujer más que al hombre a volverse hacia sí y consagrarse su amor: “Un hombre que actúe se confronta necesariamente. Pero la mujer ineficaz y apartada, no puede situarse ni medirse, y se da una soberana importancia porque ningún objeto importante le es accesible”³⁰. En el segundo camino a la trascendencia, la enamorada sufre los inconvenientes de que la palabra amor, como dijimos, tiene distinto sentido para uno y otro sexo³¹. Siguiendo un camino parecido, como el amor le ha sido asignado a la mujer como su verdadera vocación, si las circunstancias le impiden el amor humano, si es engañada o exigente, la mujer elegirá adorar a la divinidad, a Dios mismo: “El amor humano y el amor divino se confunden, no porque éste sea la sublimación de aquél, sino porque el primero es también un movimiento hacia lo trascendente, hacia lo absoluto”³².

Con lo que hemos visto hasta ahora, parecería que no estamos de acuerdo con Lisa Appignanesi cuando afirma que el tema del amor fue una de las principales preocupaciones en la obra de Beauvoir: “Es la evocación de mujeres enamoradas, infelizmente enamoradas, lo que da a sus libros su verdadera vitalidad”³³. Pero no es así, es

²⁸ Ibidem, “La mujer casada”, vol. II, pág. 257.

²⁹ Cfr. Ibidem, “La madre”, vol II, págs. 261-308.

³⁰ Cfr. Ibidem, “La narcisista”, vol II, pág. 413.

³¹ Ibidem, “La enamorada”, vol II, pág. 429.

³² Ibidem, “La mística”, vol II, pág.457.

³³ Appignanesi L., *Simone de Beauvoir*, Madrid, Tutor S.A., 2006.

cierto que, en sus novelas, podemos ver referencias más o menos veladas a sus amores autobiográficos (en *La Invitada* o en *Los Mandarines*) y sobre todo percibir ese “aroma a sufrimiento” del que habla Galster³⁴ en otras novelas más cortas como *La mujer rota*. En todo caso, el amor, en las memorias y en las novelas de Beauvoir, no es el amor sin desgarros, sin fisuras, ni contradicciones de las novelas rosas. Más bien ocurre lo contrario, en la vida plena y feliz que quiere llevar la autora, el amor es un desbarajuste que, al igual que la idea de la muerte, desgarras su tendencia natural a *le bonheur*, su tendencia a la felicidad³⁵.

Pero hasta aquí, en *El segundo sexo*, hemos visto como Simone de Beauvoir desmitifica sistemáticamente los ámbitos, a la vez sublimes y castradores, en los que se desenvuelven las mujeres en el patriarcalismo posromántico: la inocencia infantil, el amor conyugal, la realización de la esposa y madre. Pero, en Beauvoir, la denuncia de las mentiras y “tonterías” hipócritas que someten simbólicamente a la mujer rompe, como decíamos, las fronteras entre lo biográfico, lo novelesco y lo ensayístico. La hermenéutica de la facticidad, la hermenéutica de la experiencia vivida, es la clave de la hermenéutica de la sospecha que lleva adelante la autora. Como decíamos en la introducción, Simone de Beauvoir, en *La fuerza de las cosas*, nos dice que *El segundo sexo* se inspira en la necesidad de hablar de sí misma³⁶; así las diferentes experiencias femeninas a las que hemos aludido: la infancia, la juventud, la maternidad etc. están inspiradas en la experiencia biográfica de Simone de Beauvoir, recogida en sus memorias y en sus novelas, y también base de los análisis de sus ensayos. Al respecto, aquí nos interesa la que, como acabamos de decir, es una de las claves interpretativas de sus novelas, el amor, exactamente el amor desgraciado, y que, sin embargo, en las últimas páginas de *El segundo sexo*, parece ser sólo una falsa huida de la inmanencia a la que está condenada la mujer: la huida del mundo de la acción transformadora de la realidad. La enamorada, la narcisista o la mística rehuyen una verdadera trascendencia, eligiendo en los tres casos la erotomanía, el delirio que consiste en “la ilusión de ser amadas”³⁷, de ser ellas mismas no un sujeto activo, sino un objeto sublime merecedor de un gran amor por parte de un ser superior a ellas mismas. Esta ilusión, el amor “a y de” un ser supremo, puede darse en tres diferentes vertientes: el amor nunca suficientemente correspondido al amante idolatrado -en la enamorada-, el amor a la imagen de sí, reflejada en la opinión de los otros -en la narcisista- y el amor a Dios de la mística, con su terrible correlato el sadomasoquismo.

3. La Narcisista en Las Memorias de una Joven Formal y en La Invitada

La narcisista es la mujer que no se trasciende a sí misma a través de la acción. La narcisista se ocupa en algo, pero no hace realmente nada, y como a través de sus funciones de esposa, madre o dueña de casa no es reconocida en su singularidad, busca captarse a sí misma en la inmanencia de su persona:

“Como no son nada, muchas mujeres limitan su interés a su solo yo, al que hipertrofian hasta confundirlo con el todo. Por el contrario, el hombre que se siente actividad y subjetividad, no se reconoce en una imagen quieta, que además no tiene ningún tipo de atractivo para él, pues el cuerpo del hombre no se le presenta como objeto

³⁴ Galster, I., *Beauvoir dans tous ses états*, París, Tallandier, 2007.

³⁵ La felicidad, como afirma Francis J. en su libro, *Simone de Beauvoir ou l'entreprise de vivre* (Paris, Seuil, 1966), es el leitmotiv de toda su obra. Ya, en *Las Memorias de una joven formal*, afirma que a los veinte años deseaba una cosa que no podía definir, porque rechazaba el único nombre que le convenía: La felicidad (cfr. *Mémoires d'une jeune fille rangée*, pág. 340).

³⁶ *La fuerza de las cosas*, pág. 120.

³⁷ *EL segundo sexo*, “La narcisista”, vol II, pág.424.

de deseo. La mujer en cambio, se sabe, se hace objeto y cree verdaderamente verse en el espejo: pasivo y dado”³⁸.

El narcisismo infantil de la mujer se prolonga en la vida adulta: “De joven, soñaba con el porvenir; ahora encerrada en un indefinido presente se cuenta su historia y la retoca de manera que introduce en ella un orden estético, con lo que antes de su muerte transforma su vida contingente en un destino”³⁹. De niñas, como la misma Simone en su infancia, como veremos en *Las memorias de una joven formal*, “reinaban sobre el mundo, al que conquistaban día tras día, y helas separadas del universo y consagradas a la inmanencia y la repetición, por lo que se sienten defraudadas: Pero lo que más les hace sufrir es el hallarse sumidas en la generalidad y ser una esposa, una madre, una dueña de casa, una mujer entre millones de iguales (...) de niña sus padres, profesores y amigas, la reconocían en su individualidad y se sentía incomparable y única y destinada a oportunidades únicas”⁴⁰. Este sentimiento de exclusividad de originalidad inestimable lo mantiene Simone también en su juventud y es el centro temático de su novela *La Invitada*, que recoge, como veremos, el drama del enfrentamiento de su yo, con su no yo, la otredad.

Ya en la mujer de edad el personaje que crea tiene mayor o menor coherencia y originalidad según sea su inteligencia, su terquedad y la profundidad de su enajenación narcisista. “En torno de esa heroína la vida se organiza a modo de novela triste o maravillosa, pero siempre un poco extraña”⁴¹. Aquí, como en sus novelas posteriores, por ejemplo *La mujer rota*, afirma Simone que a falta de belleza, de brillo o de dicha, la mujer elegirá un personaje de víctima, se obsesionará en encarnar las *Mater dolorosa* o la esposa incomprendida y hará todo lo posible para ser ante sus ojos y ante los del mundo la mujer más desdichada.

También es interesante la relación entre el narcisismo y el teatro que Simone establece hablándonos del narcisismo, inevitablemente nos recuerda a su relación con las hermanas Kosakicvicz, Olga y Wanda, sus rivales en la vida real -en triángulos sucesivos con Sartre, en los que se inspira su novela *La Invitada*⁴². Ambas hermanas se dedicaron al teatro sin gran éxito, en papeles escritos para ellas por el propio Sartre: “La expresión de la cual se sirve es chocante: a falta de actividad, la mujer se inventa sucedáneos de acción y el teatro representa para algunas un ersatz privilegiado.(...) Para otras (actrices) la fama significa el triunfo de su narcisismo”. Y “una narcisista obstinada será tan limitada en el arte como en el amor, pues no sabrá darse”⁴³.

³⁸ Ibidem, “La narcisista”, vol II, pág. 415.

³⁹ Ibidem, “La narcisista”, vol II, pág.417.

⁴⁰ Idem.

⁴¹ Ibidem, “La narcisista”, vol II, pág.418

⁴² Estos días, posteriores al centenario del nacimiento de la autora, se ha vivido otra vez el escándalo sobre aspectos relacionados con su biografía, y conocidos desde la publicación conjunta de *Los diarios de guerra -Lettres a Sartre, Journal de guerre Septembre, 1939-Janvier 1941*, París, Gallimard, 1990 (trad. esp. *Diarios de Guerra Septiembre 1939-Enero 1941*, Barcelona, Edhasa,1990)- y *Las cartas a Sartre -Lettres a Sartre, 1930-1939*, París, Gallimard, 1990 (trad. esp. *Cartas a Sartre*, Barcelona, Edhasa, 1991)-. El objeto del escándalo parece ser la bisexualidad de la autora y los tríos que Sartre y ella, y alguna de sus exalumnas protagonizaron antes y durante la guerra (el ya citado con Olga, y un segundo cuasitrio formado por L. Védrine, Sartre y Simone). Estas relaciones con menores de edad conllevaron una acusación de pederastia por parte de la madre de Lise (que aparece con el pseudónimo de Sorokine), y que fue otra de las jóvenes exalumnas amantes de Simone durante la guerra. Dicha acusación le llevó a Simone, durante la ocupación alemana y el gobierno de Vichy, a ser apartada de la docencia y destituida de su cargo, para el que después de la guerra volvió a ser rehabilitada; aunque ya nunca más se reincorporaría a la docencia.

⁴³ *EL segundo sexo*, “La narcisista”, vol II, pág. 423.

Ese pareció ser el destino artístico de las hermanas Kosakicvicz⁴⁴. También parece referirse a las hermanas -la pequeña, Wanda, fue mantenida por Sartre durante toda su vida-, cuando afirma:

”Muchas mujeres imbuidas del sentimiento de superioridad, no son capaces de, sin embargo, representarla a los ojos del mundo; su ambición consistirá en utilizar como máscara a un hombre, a quien convencerán de sus méritos. No encarnan valores singulares a través de libres proyectos, sino que quieren anexar valores ya hechos a su yo, por lo cual se volverán hacia quienes poseen influencia y gloria, con la esperanza –al convertirse en musas inspiradoras, Egerias- de identificarse con ellos”⁴⁵.

Pero el narcisismo es una de las formas en las que se manifiesta el vacío amor de la enamorada. Esta dualidad en la manifestación del falso amor, basado en la conquista de las bellas y delirantes imágenes de sí que necesita la enamorada, se aprecia en el tema de la erotomanía, al que aludíamos más arriba. La erotomanía puede darse en diversas psicosis, pero su contenido es siempre el mismo. El sujeto es iluminado y glorificado por el amor de un hombre de gran valor, quien se ha sentido bruscamente fascinado por sus encantos –siendo así que ella no esperaba nada de él y él sin embargo le manifiesta sus sentimientos de manera complicada, pero imperiosa. También la erotomanía nos muestra como el tema del enamoramiento narcisista se complementa también con el misticismo: el semidiós poderoso y glorioso –el amado, Dios- ama más de lo que es amado y manifiesta su pasión por medio de conductas extraña y ambiguas⁴⁶. También esta forma de amor nos remite al servilismo masoquista en el amor: “En verdad la narcisista es tan dependiente como la hetaria (...) El lazo que la mantiene unida al otro no implica la reciprocidad del intercambio: si intentase hacerse reconocer por la libertad del otro (...) dejaría de ser narcisista”⁴⁷. Por eso este narcisista amor-religión conduce a la catástrofe.

El masoquismo amoroso ligado al misticismo es posible porque “la mujer está acostumbrada a vivir de rodillas. Normalmente espera que su salvación descienda del cielo, donde reinan los machos”⁴⁸. El Amado en su irrealidad erotómana o en su divinidad está siempre más o menos ausente: se comunica con su adorada por signos ambiguos y ésta sólo conoce su corazón por un acto de fe⁴⁹. Como en la erotomanía, esa fe resiste todos los desmentidos, por eso la mujer no necesita ver ni tocar para sentir a su lado la Presencia del amado ausente o de Dios⁵⁰, porque el Amante es divinizado o Dios se reviste de los rasgos humanos del Amante.

En su delirio la erotómana se siente valorizada por el amor de un ser soberano, quien toma la iniciativa de la relación amorosa, ama más apasionadamente de lo que es amado y hace conocer sus secretos por signos evidentes, pero secretos; curiosamente todos estos rasgos se encuentran también en las místicas: “En el amor divino la mujer busca, ante todo, lo que la enamorada le pide al amor del hombre: la apoteosis de su narcisismo. Esa mirada soberana, atenta y amorosamente fijada sobre ella, es una milagrosa fortuna”⁵¹. Y ante este ser soberano en el que se aliena sólo le queda a la mujer el sometimiento masoquista: “Sólo tengo un trabajo: amar, olvidarme y aniquilarme”⁵². También el masoquismo va unido a la religiosidad de la mística porque, en general, la actitud de la mujer con respecto a su cuerpo es ambigua y, a través de la

⁴⁴ Sartre escribió obras teatrales para ambas.

⁴⁵ *EL segundo sexo*, “La narcisista”, vol II, pág. 423.

⁴⁶ *Ibidem*, “La narcisista”, vol II, pág. 424-5.

⁴⁷ *Ibidem*, “La enamorada”, vol II, pág. 453.

⁴⁸ *Ibidem*, “La mística”, vol II, pág. 457.

⁴⁹ *Idem*.

⁵⁰ *Idem*.

⁵¹ *Ibidem*, “La mística”, vol II, pág. 461.

⁵² *Ibidem*, “La mística”, vol II, pág. 462.

humillación o del sufrimiento, la mujer busca torturar su carne para tener el derecho de reivindicarla. La mujer sacia de ese modo sus fantasmas sadomasoquistas porque también hay un cierto grado de sadismo en la humillación del crucificado con el que se identifica: “La mística admira la caducidad del hombre inerte, pasivo y cubierto de llagas, el crucificado es la imagen invertida de la mártir”⁵³.

A. Narcisismo Infantil y Misticismo. La Mística en Las Memorias de una Joven Formal.

Nuestra autora tiene conciencia de los fundamentos de su yo muy joven, apenas con dos años y medio: “Sobre las fotos de familia tomadas el verano anterior, se veían mujeres jóvenes vestidas de largo y coronadas con plumas de avestruz, hombres adornados con *canotiers* y panamás que sonreían a un bebé: esos son mis padres, mi abuelo, tíos, tías, y soy yo. Doy vuelta a la página del álbum; Mamá sostiene en sus brazos un bebé, no soy yo; llevo una falda plisada, tengo dos años y medio, y mi hermana acaba de nacer”⁵⁴. Esta primigenia conciencia de sí es también conciencia de su superioridad sobre su hermana: “Me sentía más interesante que un recién nacido tendido en una cuna”⁵⁵. Se sentía más inteligente que ella y se oponía a las órdenes arbitrarias de los adultos, muchas veces con falta de razón: “Yo no quería ceder a la necesidad de las decisiones humanas que me parecían más o menos caprichosas, y que no eran lo suficientemente fuertes para forzar mi adhesión”⁵⁶. El mundo en el que no cabían los caprichos era el del colegio y el de la familia como su universo cotidiano, en lo demás no sabía cómo situarse: “No sabía qué había venido a hacer a este mundo”⁵⁷.

Otra fuente de conocimiento sobre sí misma es la iniciación, como alumna en un colegio religioso, en el cristianismo y en la obediencia de las reglas de la Iglesia; en principio, Simone está feliz de la existencia de Dios y le obedece. Pero, no obstante, a pesar de su fe, no se siente un cristiano como cualquier otro: está persuadida de tener un lugar privilegiado en la creación y bajo la mirada de Dios. Es significativo el recuerdo de como en unas Navidades la disfrazaron con un vestido blanco rematado con un bordado dorado, para hacer de niño Jesús: “Las demás niñas se arrodillaron delante de mí –recuerda–”⁵⁸.

Este afán de autorreconocimiento, también desde su experiencia infantil de la religión, continúa en los ensayos, en los que como Narciso frente al espejo, Simone de Beauvoir se inspira en su propia experiencia vivida. Como hemos dicho, *El segundo sexo* el gran ensayo que demarca la conciencia de las mujeres desde hace 60 años, se trata de un proyecto autobiográfico. Así, con respecto a esta piedad infantil, en esta obra, deduce Beauvoir, partiendo de sus recuerdos en las memorias, que en muchas fantasías masoquistas en las que ella se abandonaba a héroes masculinos, estos no eran sino sustitutos de Dios: en ese tipo de fantasías juveniles ella era una santa que moría por la gloria de Dios⁵⁹. Beauvoir concluye que en este tipo de fantasías de sumisión ante un hombre o ante dios, las jóvenes anticipan su futura condición de mujeres casadas⁶⁰.

⁵³ Ibidem, “La mística”, vol II, pág 463-4

⁵⁴ *Mémoires d'une jeune fille rangée*, pág. 9.

⁵⁵ Idem.

⁵⁶ Ibidem, pág. 31.

⁵⁷ Ibidem, pág. 86.

⁵⁸ Ibidem, pág. 33.

⁵⁹ *Mémoires d'une jeune fille rangée*, pág. 80.

⁶⁰ *El Segundo Sexo*, “La iniciación sexual”, vol. II, págs. 117-152.

Cuando la joven Simone, después de esta etapa de misticismo filosófico, se da cuenta de que no cree ya en Dios, su ateísmo reforzará su desconfianza en los otros, lo que será después una noción que atravesará la obra de Beauvoir: "Las apariencias mienten, el mundo que me habían enseñado estaba por completo trucado"⁶¹. Sin embargo ella oculta su ateísmo a su familia y a su amiga y confidente, Zaza: "Sufría por sentirme marcada, maldita, separada"⁶². Esto la llevará a sentir que nadie de su medio podía ayudarla a salir esta vez de la soledad. Ni siquiera Zaza o su primer amor Jacques.

En *Saint Jean de la Croix* de Jean Baruzi, Simone busca un modelo para el acercamiento a la divinidad desde la naturaleza, un camino del alma para el que no sirve el lenguaje, porque impide la adhesión directa de la humanidad a la divinidad. El misticismo de Jean Baruzi consiste en una búsqueda del yo profundo que nos podría recordar al de un Valéry y que va a influir la juventud intelectual de los años 30:

"Separada de los otros no tenía ningún tipo de ligazón con el mundo que pasaba a ser un espectáculo que no me concernía. Por momentos perdía el sentido de la realidad: las calles, los autos, los paseantes sólo eran un desfile de apariencias; una presencia sin nombre"⁶³.

La otredad no existe se funde en el todo de la experiencia mística misma. Por eso tampoco hay lenguaje más allá del diálogo ensimismado consigo misma. Otra fuente de su conciencia de sí misma es el estudio, con el que logra una sensación de total cumplimiento de su ser, satisfaciendo completamente su voluntad de realización: "Sentada delante de la mesa del despacho de papá, traduciendo un texto del inglés o copiando una redacción, ocupaba mi lugar en el mundo y hacía aquello que debía ser hecho"⁶⁴. En sus estudios, la Filosofía se impone como posibilidad de explorar su conciencia. Especial simpatía siente la Beauvoir adolescente por la Filosofía de Fichte y sus especulaciones metafísicas acerca del yo, que contiene en sí el germen del universo y las profundidades infinitas del sentido⁶⁵. El descubrimiento de la Filosofía confirma en Beauvoir su tendencia al misticismo, pero en lugar de inspirarse en los santos en su camino hacia la divinidad, pasa a sentirse una igual a Dios; a los 17 años pasa por una etapa en la que siente su propia divinidad aliada a su humanidad de una manera semejante a la de Jesucristo⁶⁶. Su egocentrismo filosófico y místico difícilmente habrá de dejara paso a una verdadera experiencia de la otredad, una experiencia que en su caso será inevitablemente dolorosa.

El verdadero descubrimiento de la otredad lo realiza la autora en la edad adulta, en Rouen, y es con Olga Kosakovicz, una joven alumna. La existencia del otro es un descubrimiento doloroso: ella que, salvo ciertos episodios de angustia y miedo ante la muerte, se había caracterizado por su jovial y buen ánimo, por su voluntad de felicidad descubre la otredad y con ella la infelicidad y la angustia. Pero la otredad la saca de su diálogo ensimismado; la angustia le da el mundo, la sitúa ante sí misma y ante los otros.

B. El Narcisismo en la edad adulta: La Invitada.

La invitada, publicada en 1943. Un texto de ficción, de inspiración autobiográfica, cuya protagonista, Françoise, joven intelectual emancipada que frecuenta los bares de Montparnasse, rodeada por un grupo de amigos y amigas a los que ella cree poseer, invita a una pobre chica provinciana, Xavière, a compartir su vida en París. En la

⁶¹ *Mémoires d'une jeune fille rangee*, pág. 227.

⁶² *Idem*.

⁶³ *Ibidem*, pág. 361.

⁶⁴ *Ibidem*, pág. 93.

⁶⁵ *Ibidem*, pág. 69.

⁶⁶ *Cfr. Ibidem*, pág. 175.

historia hay una fuerte componente autobiográfica: Françoise es Simone, y Xavière es el doble ficcional de Olga -la cúspide del trío entre Sartre, Simone y ella misma de la época de Rouen- y Pierre es Sartre. La historia recrea las emociones, celos e inseguridades que suscitó en Beauvoir esta experiencia. Aunque la autora insistió en que la novela no era autobiográfica hay demasiados paralelismos.

En la novela percibimos como se dibuja con el personaje de Françoise un perfil estereotipado de la propia Simone: una joven que vive anclada en el egocentrismo infantil del que hablábamos⁶⁷; pero a la vez una mujer orgullosa, fría, una igual a los hombres de su círculo, y muy superior a las mujeres de su época. Françoise siente que Pierre y Xavière le pertenecen, y nada le hacía sentir alegrías tan fuertes como esa especie de posesión. Excepto Pierre, todos a su alrededor parecen estar cosificados, son sólo objetos de su conciencia. Sin embargo, Pierre le da entidad a sus experiencias, hace de ella una verdadera conciencia y, a su vez, recíprocamente, en un plano de igualdad, ella tiene la misma función para él: "Todos los momentos de su vida que ella le confiaba, Pierre los volvía claros, pulidos, terminados, y se convertían en momentos de la vida de ambos. Ella sabía que, a su vez, representaba el mismo papel junto a él"⁶⁸. En ese círculo narcisista de posesiones y poseedores, Françoise instrumenta los tiempos y prioridades en las relaciones: reparte su tiempo entre Isabel -su otra amiga- y Xavière sin importarle que esta última llegue a estar ebria de rabia. Ella se arroga ese derecho pues quiere hacerlas existir, es decir existir en su conciencia⁶⁹.

Beauvoir utiliza el personaje de Isabel, amiga de Françoise, también en apariencia una mujer independiente, artista prometedora, y enamorada de Claudio, un hombre casado, que a pesar de sus promesas no se decide a romper definitivamente con su mujer, Susana. Isabel habla también por Françoise y afirma: "Susana pertenecía a la raza de las víctimas; aceptaba cualquier cosa de Claudio; nosotras éramos de otra raza; ellas eran fuertes y libres, vivían su propia vida"⁷⁰. Pero Isabel se descubre tan débil como Susana: "No quería perderle; débil, egoísta, detestable, no tenía importancia, necesitaba de él para vivir; aceptaría cualquier cosa para conservarle"⁷¹. En definitiva, la única que es verdaderamente de otra raza es la protagonista, ¿todas las demás mujeres son víctimas? Françoise está del lado de Pierre y de los otros, hombres de su círculo y asume una frialdad fingida, ante los celos y demás debilidades que la harían ser una más. Así como forma de recuperar a Pierre (Sartre) no duda ante la idea del trío, con el que cosifica a su víctima, Xavière, cuyo proceso de seducción le es detallado por su amante; de esta manera cree sentirse otra vez profunda e íntimamente unida a él. Tampoco duda en manipular a Pierre para pervertir la imagen que se está formando de Xavière⁷² y evitar que se convierta en una auténtica rival: "No creo -prosiguió Françoise- que Xavière sea capaz de un amor verdadero -reflexionó-. Éxtasis, deseos, despechos, exigencias, sí; pero esa especie de consentimiento que

⁶⁷ "Las cosas que no existen para mí me parece que no existen en absoluto" y p.e. "En el centro del cabaret, impersonal y libre estoy yo. Contemplo al mismo tiempo todas esas vidas, todos esos rostros. Si me apartara de ellos, se derramarían de pronto como un paisaje abandonado" (*La Invitada*, págs. 16 y 31).

⁶⁸ *Ibidem*, pág. 27.

⁶⁹ Lo que sus amigas -como en las disputas en la vida real entre dos de las jóvenes alumnas, amigas y amantes de la autora, Sorokine y Bianca-, están dispuestas a soportar, pues no dudan en reconocerle la superioridad que ella se arroga: "Xavière estaba ebria de rabia; era evidente; sin duda encontraba que Françoise no se ocupaba lo bastante de ella; ya se le pasaría" (*Ibidem*, pág. 55).

⁷⁰ *Ibidem*, pág. 81.

⁷¹ *Ibidem*, pág. 92.

⁷² Bianca Lamblini acusa a Simone de Beauvoir de hacer eso mismo para rebajar su imagen ante Sartre (cfr. Lamblin, B., *Memorias de una joven informal*, Barcelona, Mondadori, 1993, pág. 105).

se necesita para que todas esas experiencias formen un sentimiento estable, nunca se podrá obtener eso de ella, me parece”⁷³. Cuando, al comprender que ha sido usada, Xavière, que se ha dejado seducir por dos amantes de su protectora, reacciona enojándose y Françoise se pregunta: cómo puede existir una conciencia que no sea la suya. Si la otra existe, entonces ella misma deja de ser. ¿Qué solución puede quedarle, sino elegirse a sí misma, eliminando físicamente a Xavière? Françoise es ya la Única.

3. La Enamorada en La Invitada, Los Mandarines y La Mujer Rota

Nos dice Simone de Beauvoir: “El amor no es en la vida del hombre más que una ocupación, mientras que en la mujer es su vida misma”⁷⁴. Hay hombres que fueron grandes amantes, pero, según Beauvoir, no ha habido uno al que se pueda definir como gran enamorado: “Para el hombre la mujer amada no es más que un valor entre otros valores, al que quieren integrar a su existencia para no consumir en ella la existencia entera”⁷⁵. Sin embargo, el amor se convierte para la mujer en religión, porque con el amor la mujer busca la devolución tanto de su madre como de su padre, la mujer con el amor quiere la devolución de la infancia y, gracias a esta recuperación, volver a ser el centro del mundo, un lugar que sólo ocupó en esta época de su vida.

¿Cómo es posible el delirio amoroso de la erotómana, del que hablábamos? ¿Cómo es posible que la mujer en lugar de una verdadera trascendencia se conforme con ser un objeto deseado y hasta adorado por un ser al que le arroga el lugar de Dios? Esto es posible porque la mujer en lugar de aceptar sus límites, lo que le sería posible si actuara, se siente ilimitada y extraordinaria en su singularidad, lo que le es posible porque nunca se ha probado ante el mundo y porque prefiere narcisistamente ese lugar privilegiado, desde el que puede autocontemplarse amorosamente, usurpando la perspectiva suprema de Dios: “La mujer se siente dotada de un valor extraordinario pues se le ha otorgado el permiso de quererse a través del amor que inspira”⁷⁶. Una vez que la mujer ocupa ese lugar preferencial en su propia historia “todo lo que le pertenece, escapa a la contingencia y se hace necesario: es una maravillosa ofrenda a los pies del altar de su dios”⁷⁷. El amor no es un proyecto o una vivencia más, el amor es necesario como salvación, para salvar su vida del azar y de la contingencia. Pero la paradoja de este amor idólatra es que, a fin de salvarse, la mujer termina por negarse totalmente⁷⁸.

Esta contradicción le permite a la enamorada pasar del entusiasmo generoso a la ira masoquista, porque, como no hay límites para su exigente abnegación, se encuentra ante el amante en la situación del niño ante sus padres, y reencuentra también el sentimiento de culpa que conocía ante ellos y, con la sensación de culpa, el deseo masoquista de castigo y aniquilamiento: “El deseo de aniquilamiento no es más que una intensa voluntad de ser”⁷⁹. ¿Hay alguna salida para esta paradoja entre el deseo de ser y el de autoaniquilación? Sí, un amor auténtico, este tipo de amor-amistad debería asumir la contingencia del otro, es decir, sus carencias, sus limitaciones y su gratuidad originaria: “No pretenderá ser una salvación sino una relación interhumana”⁸⁰. Pero este apacible sentimiento no caracterizó la vida amorosa de Simone, ni es

⁷³ *La Invitada*, pág. 126.

⁷⁴ *El segundo sexo*, “La enamorada”, vol II, págs. 453.429.

⁷⁵ *Idem*.

⁷⁶ *Ibidem*, “La enamorada”, vol II, pág. 433.

⁷⁷ *Idem*.

⁷⁸ *Ibidem*, “La enamorada”, vol II, pág. 438.

⁷⁹ *Ibidem*, “La enamorada”, vol II, pág. 440.

⁸⁰ *Ibidem*, “La enamorada”, vol II, pág. 441.

tampoco el amor que aparece en sus novelas; en las que, como veremos, el amor inevitablemente está ligado al sufrimiento y a los celos.

Lo que primero exige la mujer de su amado es su justificación vital, entendida como la exaltación de su propio yo, pero esa gloriosa felicidad no puede ser estable. Claro que también para los hombres el sufrimiento está ligado al amor, pero, como dice la autora: "Sus penas no duran mucho, o no son tan devoradoras"⁸¹. Sin embargo, la ausencia del amante, según Beauvoir, es siempre una tormenta para la mujer: "Él es una mirada, un juez, y desde que fija los ojos en otra cosa la frustra. Todo lo que él ve se lo roba; lejos de él, se siente desposeída a la vez de sí misma y del mundo"⁸². Pero más allá de este imposible anhelo de posesión, los celos son inevitables porque, según la autora, la infidelidad masculina es un mal inevitable: "La mujer se siente a cada instante en peligro"⁸³. Así, tristemente, la mujer se encuentra con que es divinizada por un abrazo fugaz que no la permitirá ser siempre y sólo ella divina, porque "el deseo del macho es tan fugaz como imperioso, y una vez saciado muere con bastante rapidez"⁸⁴.

El tema de los celos está ligado al de "la mala fe", al que hicimos ya referencia y que trataremos nuevamente en *Los Mandarines* y en *La mujer rota*, porque la mujer, al no asumir el propio proyecto personal y exigir al otro, al dios amado, que salve su existencia y la dé sentido -lo que es de suyo imposible-, cae en estrategias como el chantaje, la presión y la usurpación parasitaria de la vida y los proyectos ajenos: "(La mujer) imagina el amor del hombre como la exacta contrapartida del que ella siente por él. Confunde con mala fe el deseo con el amor, la erección con el deseo, el amor con una religión. Fuerza al hombre a mentirle: ¿me amas? De las respuestas arrancadas hace trofeos"⁸⁵. Pero "la mala fe" demasiado obstinada conduce al manicomio, a la erotomanía de la que hablábamos y a la paranoia. Porque, imprecisos o indefinidos, sin fundamento o justificados, los celos son para la mujer, inevitablemente, según Beauvoir, una tortura enloquecedora. En la incertidumbre de la falsa posesión, toda mujer es una rival, un peligro:

"No hay gran distancia entre la traición de la ausencia y la infidelidad. Desde que la mujer se siente amada se vuelve celosa (...) Todo su destino está en juego a cada mirada que el hombre amado dirige a otra mujer (...) Así está en acecho sin cesar. ¿Qué hace él? ¿Qué mira? ¿Con quién habla?"⁸⁶.

A. El Amor y los Celos en La Invitada.

Básicamente, aunque la novela nos pudiera parecer una novela de tesis sobre el problema del yo, enfrentado al no yo en dialéctica hegeliana, sin embargo, el tema de la novela es, como decíamos, el amor infeliz, el amor desgraciado y los celos que lo acompañan.

En el camino a la madurez, Françoise, la joven escritora, se hace cargo pese a sí misma de que necesita el amor de Pierre para hacerse ser: "Todo lo que ella pensaba era con él y para él; no podía siquiera imaginar un acto que partiera sólo de sí misma y que se cumpliera totalmente sin relación con él, un acto que afirmara una auténtica independencia"⁸⁷. El desamor, cuando éste repara en Xavière, la hace ser consciente con toda crudeza del vacío de una conciencia desgarrada, apartada del centro

⁸¹ Ibidem, "La enamorada", vol II, pág. 440.

⁸² Ibidem, "La enamorada", vol II, pág. 443.

⁸³ Ibidem, "La enamorada", vol II, pág. 450.

⁸⁴ Ibidem, "La enamorada", vol II, pág. 446.

⁸⁵ Idem.

⁸⁶ Ibidem, "La enamorada", vol II, pág. 450.

⁸⁷ *La Invitada*, pág. 123.

del mundo en el que el amor hasta entonces la situaba⁸⁸. En este viaje de descentramiento, pese a su disposición a la felicidad, la protagonista, como la autora, debe asumir la angustia, el vacío y la soledad de toda libertad, de toda conciencia: “Comprendió enseguida que no debía contar con él para que la ayudara a recobrar su lugar en el mundo; sería sólo un amable compañero de viaje”⁸⁹.

Como decíamos, en la novela el tema del desamor y el tema de los celos van de la mano, unos celos que convierten a la insignificante y provinciana Xavière en un objeto de desazón constante: “Xavière veía a Françoise tendida junto a Pierre y abrumada de cansancio, y se complacía en un desprecio orgulloso. Françoise se puso rígida, ya ni siquiera podía cerrar los ojos y olvidarse de Xavière”⁹⁰. Hasta ese momento había aceptado la adoración de Xavière como una posesión de la que podía disponer, sabía que Xavière cuando la dejaba y se ocultaba en el reino de su intimidad se abandonaba al amor que sentía por ella de noche y el secreto de su cuarto; entonces nadie podía disputarle la imagen que ella llevaba en su corazón⁹¹. Ella aceptó esta situación sin agradecimiento ni reciprocidad, hasta que los celos la hacen ver a Xavière como algo que la priva del mundo, de su mundo con Pierre: “En otra parte algo estaba viviendo sin ella y sólo esa cosa contaba. Esta vez no podía decirse: ‘No sabe que existe, no existe’. Sabía, Pierre no perdía una de las sonrisas de Xavière y Xavière recogía con una atención encantada todas las palabras de Pierre”⁹². Sus ilusiones sobre la reciprocidad de su amor esencial por Pedro se viene abajo; Pierre, como Sartre a ella, le hace ver a Françoise que su amor es necesario y cuando él argumenta que su amor es eterno, ella piensa: “Un amor era de todos modos algo menos sencillo de lo que él pensaba. Era más fuerte que el tiempo, pero, sin embargo, se vivía dentro del tiempo, instante por instante, inquietudes, renunciadas, leves tristezas; por supuesto, eso no contaba, pero porque uno se negaba a que contara, contaba”⁹³. Parece que Simone se cuestionara el famoso argumento de Sartre acerca de la necesidad de su amor, por oposición a todas sus demás historias que eran supuestamente contingentes: el amor necesario no existe, el amor es una construcción realizada dentro del tiempo, instante a instante, y cuando esos instantes son fallidos, por inconsistencias y mentiras, el amor es un amor fallido.

Ya sobre esta primera novela publicada, al igual que en sus novelas posteriores de madurez, se vislumbra, como decíamos, la idea de que la infidelidad es inevitable: “La constancia sólo se obtiene a fuerza de transacciones y mentiras”⁹⁴. Y, para Beauvoir, mejor que soportarla mansamente es dirigir las elecciones de las amantes de sus amados, o incluso compartir con el amado sus experiencias. ¿Cómo llega a esta idea Simone? Tal vez porque la infidelidad formaba parte de su medio y las mujeres habitualmente la soportaban de forma hipócrita, como aparece respecto a su madre en *Una muerte muy dulce*⁹⁵. Ella, sin embargo, no se resignó, quiso sentirse dueña de una situación que la descabalaba, prefiriendo instrumentarla a ser víctima.

⁸⁸ “Y en este minuto todos los largos años de felicidad. Yo estoy allí en el corazón de mi vida” (Ibidem, pág. 15).

⁸⁹ Ibidem, pág. 131.

⁹⁰ Ibidem, pág. 73.

⁹¹ Ibidem, pág. 121.

⁹² Ibidem, pág. 134.

⁹³ Ibidem, pág. 137.

⁹⁴ Ibidem, pág. 137.

⁹⁵ De Beauvoir, S., *Une mort très douce*, París, Gallimard, 1964 (tr. esp. *Una muerte muy dulce*, Barcelona, Edhasa, 1987).

B. Cuatro tipos de Amor Infeliz en Los Mandarines.

Aunque Beauvoir también ha negado siempre que la novela fuese autobiográfica, se pueden apreciar muchos paralelismos autobiográficos en los que ahora entraremos: se ha dicho con razón que el personaje de Anne Dubreuilh la representa a ella, Anne es una psicoanalista parisina cercana a los cuarenta que trata de recomponer su vida después del naufragio de la guerra. Robert Dubreuilh, su marido es un personaje que encarna a Sartre, en la novela es un célebre escritor que le lleva muchos años a Nadine y está a punto de entrar en la vejez. Henri Perron, su amigo más cercano, joven y atractivo escritor, vive su plenitud creadora, y su primera obra después de la Liberación va a ser aclamada por el público unánimemente y representaría a Camus. Finalmente, Lewis Broganés, el escritor marginal que Anne conoce en su viaje a Estados Unidos representaría a Algren. Parece que Camus y Algren se enfadaron con la novelista al publicarse la obra, pues los personajes que ellos supuestamente encarnaban eran mostrados en actitudes no siempre favorables, adjudicándosele incluso hechos de los que en ningún modo eran responsables. Con relación a esto se podría alegar lo que la Beauvoir dijo muchas veces: que todos los personajes tenían algo de sí misma y de las personas que había conocido, y que la ficción es libre. En un momento de la novela, por ejemplo, al respecto, en la novela, Nadine, la hija de Anne, les reprocha amargamente a su padre y a Henri su soberbia intelectual y la distancia que ponen entre ellos y la gente común. Ella deplora verse inmersa en esa familia y en ese mundo en el que escritores la espían, la analizan y la juzgan. No le gusta que le roben su vida para hacer sus libros. La respuesta no se hace esperar, y es precisamente la de que no hay otra manera de escribir libros.

Para Anne, que no olvidemos que representa a la propia Simone, el amor es el sentimiento primordial en la vida del ser humano, y considera que el amor no tiene ningún sentido desligado de la amistad. Beauvoir identifica el amor con la complementariedad físico-moral de dos seres, esto se trata de una ensoñación sentimental, semejante a la de las novelas rosas, pero que en la versión de Beauvoir, huyendo del amor fantástico, no conduce a la felicidad, como dijimos. Nuevamente el amor en la novela es el amor infeliz. Además es un amor situado, concienciado, afectado por la situación existencial de los protagonistas y la historia. Así, el amor entre Anne y Robert está afectado por condicionantes psicoanalíticos, por necesidades y principios intelectuales, incluso por el estatus social de la pareja⁹⁶.

En definitiva, su amor responde a necesidades de su inconsciente, a la necesidad intelectual de encontrar unos principios morales que suplan los de la fe católica perdida, incluso a la confirmación social de la pareja bajo el epígrafe de intelectuales de izquierda⁹⁷. Además este amor, con un hombre mucho mayor, con un antiguo profesor de la facultad, no busca una compensación emocional por la privación de papel social de la protagonista, porque la camaradería y el respeto a la libertad individual son valores fundamentales de la pareja. Además Anne ha elegido como camino para su autonomía y su realización una profesión, el psicoanálisis: "Ser la mujer de Robert no era suficiente par mí; jamás antes de casarme había proyectado hacer una carrera de esposa"⁹⁸. Las funciones de madre y esposa son relegadas por Anne, que defiende las aportaciones sociales de la mujer en una era en la que predomina todavía una visión tradicional y burguesa de ésta.

Este aparente cuadro de felicidad conyugal, sin embargo, como decíamos no puede funcionar, porque es una relación en la que el amor-pasión ha desaparecido hace tiempo. Aunque Anne piensa que esa época de su vida ha terminado para ella,

⁹⁶ *Les mandarins*, págs. 45-46.

⁹⁷ *Ibidem*, pág.46.

⁹⁸ *Ibidem*, pág. 73.

en su viaje a Estados Unidos, para ponerse al día en los avances de su profesión, conoce a Lewis Borgan, un escritor de los medios marginales, que le demuestra que, al contrario de lo que le dictan sus creencias, el amor está por encima de las ideas y las ideologías. Estamos ante un segundo tipo de amor, esta vez no racionalizable. El encuentro con Lewis es el comienzo de una historia de amor que es a la vez una historia de desamor y que constata que el amor por Robert, su marido, estaba ya gastado. Es el amor aventura como parte de una experiencia de autodescubrimiento y que está ligado también al viaje iniciático de la heroína; esta vez no por la noche parisina, sino a Estados Unidos. Este viaje lo realizó realmente Simone de Beauvoir y fue la ocasión de conocer a N. Algren⁹⁹.

Vayamos hacia el tercer tipo de amor en la pareja Henri-Paule, Henri está decepcionado de un matrimonio agotado y de una mujer que se resiste a admitir que ya no la quiere. Henri viaja a Portugal, pero este viaje no constituye, como en el caso de Anne, una aventura intelectual sino una liberación de la realidad opresora del París posterior a la guerra. Este viaje se inspira también en la experiencia de Simone de Beauvoir, que nada más terminar la guerra viaja a Lisboa, donde habían residido durante esos años su hermana y su cuñado.

Paule es el contrapunto del personaje de Anne, encarna una de esas mujeres de las que hablábamos en *La Invitada* capaz de supeditar su libertad y su proyecto personal al amor de Henri, que sin embargo entiende que es una relación ya gastada y que con el final de la guerra quiere escapar tanto de lo opresivo del París de la post-guerra como de la opresiva Paula¹⁰⁰.

Nos encontramos con el más importante de los temas existencialistas, la libertad; renunciar a la libertad, efectivamente, es nuevamente vivir en "la mala conciencia"; además, Paule no duda en intentar, en pro del amor, en coartar la libertad de Henri que, como Pierre en el caso de *La Invitada*, o Sartre en la vida real, no duda en correr detrás de amores contingentes. Parece, de nuevo, que la infidelidad en el amor, la falta de constancia y los celos, son inevitables. La solución está en la libertad de Anne (Simone) que quiere ser protagonista de su destino, que no acepta ser una víctima, como Paule, sino que se erige señora de su propio destino amoroso y, como los hombres de su medio, es infiel. Anne, como Françoise en *La Invitada*, prefiere sentirse dueña de esa situación descaballadora que es la infelicidad amorosa; prefiere, en este caso, no instrumentar ese tipo de situaciones, como hiciera Françoise o la propia Simone en el pasado, sino ser ella la auténtica protagonista.

Vamos al cuarto y último tipo de amor, la historia entre Nadine y Lambert. La clave de su amistad es la huida desesperada de la soledad. Nadine perdió a su amado, Diego, durante la guerra y Lambert vive obsesionado por Rosa, por el recuerdo de un amor malogrado. Este último tipo de amor, encarnado en la pareja Nadine-Lambert no está tampoco a la altura de los amores necesarios porque Nadine, aun más que Paula, encarna la mala conciencia existencialista. Si Paula es débil y no acepta vivir sino a través de los ojos de un amor que ya sólo pervive en su imaginación, Nadine es más indolente todavía, renuncia a todo, a la acción vital y a la militancia política; renuncia incluso al amor, conformándose con huir de la soledad. Nadine, a pesar de su insatisfacción vital, es incapaz de tomar las riendas de su vida.

Así, el personaje de Nadine parece encarnar un nuevo tipo de mujer también despreciado por Simone; en este caso no es la víctima, capaz de sufrir una existencia vacía en pro de un amor fantástico, basado sólo en ensoñaciones sentimentales, y autoengañándose así, buscando una compensación por su privación de rol en la sociedad –lo que promueven las novelas rosas–. El nuevo modelo de mujer, encarnado

⁹⁹ El amor americano de la autora (Cfr. De Beauvoir S., *Cartas a Nelson Algren*, Barcelona, Lumen, 1999).

¹⁰⁰ *Les mandarins*, pág. 131.

por Nadine, no busca el calor del hogar burgués y su concepción de la familia; no vive de ensoñaciones románticas, pero tampoco es capaz de abordar su propio destino; Nadine, hastiada, apática e insatisfecha vive con aparente libertad su promiscuidad, pero no es libre, porque la libertad conlleva elección, responsabilidad y acción, y Nadine no tiene coraje para esta forma de autenticidad.

Finalmente, evaluando comparativamente estas cuatro historias de amor, parece que ninguna resulta suficiente para llenar de sentido la vida. No obstante, el amor infeliz unido al viaje iniciático parece seguir siendo para Simone de Beauvoir una forma de indagación sobre su sí misma y, desde ahí, sobre la otredad.

C. El Amor y la Mala Fe en La Mujer Rota.

La mujer rota narra la vida de una mujer que se enfrenta no sólo con la vejez, sino, de nuevo, con la infidelidad de su esposo. Así, *La mujer rota* es una novela de tesis sobre la abnegada esposa que sufre y espera, la convincente desesperación de la protagonista, inevitablemente nos lleva a pensar en la desesperación de la propia Simone ante las repetidas infidelidades de Sartre, también en la edad adulta y en la vejez.

Simone de Beauvoir nos hace referencia a las negociaciones, a los repartos de tiempo, a la excesiva transigencia con la que la esposa tolera la situación, al sufrimiento a causa de los celos, una realidad con la que autobiográficamente se había enfrentado muchas veces¹⁰¹ y que parece sublimar en la ficción, porque el pacto con Sartre le prohibía sufrir en la realidad. En el relato, minuto a minuto, marido y mujer negocian las vacaciones en la montaña, los fines de semana, las horas del día y de la noche que les tocan alternadamente a la esposa y a la amante. Parece que los sentimientos de la protagonista son de nuevo los sentimientos que la autora consideraba bochornosos en ella misma y que en ella misma rechazaba.

Tal vez, como siempre, Beauvoir es tan incisiva en el análisis de este modelo de mujer porque se inspira en las vivencias de su propia juventud y madurez. Sin embargo, aparentemente, la protagonista no se parece en nada a ella, es de nuevo una de esas mujercitas que viven en “la mala fe”, que no son capaces de afrontar su propia existencia, que viven a través de las vidas de sus maridos y, también en este caso, de sus hijas. Criaturas que, como compensación por su abnegación, dedicación y amor entregados, exigen vivir succionando la sabia vital de los otros: “Piensa que le hago una especie de chantaje, para aterrarlo y evitar que le deje. Quizás tenga razón. ¿Es que sé quién soy yo? Quizás una especie de sanguijuela que se alimenta de la sangre de los otros: la de Maurice, la de nuestras hijas, la de todos esos pobres perros falderos a los que pretendía ayudar. Una egoísta que rehusa soltar la presa; bebo, me abandono, me hago la enferma con la intención inconfesada de enternecerlo”¹⁰².

La heroína, de cuarenta y cuatro años, no ha hecho otra cosa en su vida que ocuparse de su marido y de sus hijas. No tiene profesión. Las hijas ya se han marchado. No tiene ni una auténtica imagen de sí misma, se ha adecuado a la imagen que su marido, Maurice, quería de ella, la mujer ideal, la madre y esposa indulgente y comprensiva, sensible, “apasionadamente entregada a la felicidad ajena”¹⁰³.

Ella se ha ajustado al ideal del eterno femenino, un ideal que él la agradece cuando es sólo un médico de familia, cuando es necesario hacer milagros para amueblar con dignidad y sin mucho dispendio la casa y los armarios, cuando es necesario criar y educar a sus hijas; pero un ideal pasado de moda y aburrido, cuando consigue el éxito y sus hijas son ya independientes. Entonces prefiere un nuevo ideal: la mujer triunfadora, la abogada arribista, joven y atractiva que puede exhibir como un trofeo.

¹⁰¹ Cfr. P. e. Rowley, H., *Sartre y Beauvoir, La historia de una pareja*, Barcelona, Lumen, 2006.

¹⁰² *La mujer rota*, pág. 236.

¹⁰³ *Ibidem*, pág. 238.

Simone de Beauvoir no es indulgente tampoco con este nuevo modelo de mujer triunfadora, independiente y supuestamente liberada, porque no es sino otra creación del imaginario masculino: la mujer triunfadora que, sin embargo, amenaza con suicidarse por amor, cuando Maurice la sugiere que va a volver con su esposa.

Del otro lado, está Lucienne, la hija díscola que ha huido de la nefasta influencia de su madre, para ejercer una profesión liberal en EEUU, su madre la encuentra un tanto cruel y amargada. Entre estos tres estereotipos ninguno parece ser la solución. Las iniciativas de la madre sólo han consistido en vivir a través de los gustos de su marido y en jugar a la caridad, adoptando “perrillos falderos”, como confiesa ella misma en su diario. El caso de Colette, su hija pequeña, es todavía más triste, pues sólo la amargura de su madre, a la que cuida en su depresión, llena sus días. Lucienne, del otro lado del Atlántico, no consigue tampoco ser feliz, porque como diría Nietzsche, hay demasiado odio y rechazo al estereotipo burgués de su madre para que pueda realmente ser feliz.

Este problema psicoanalítico, la ambivalencia del amor-odio entre madre e hija es una de las claves en todas las novelas citadas. También es una de las claves interpretativas de *La Invitada*: se ha interpretado esta obra de modo que Françoise representará a la propia madre de Beauvoir, Pierre representaría a su padre, y Xavière sería el personaje que encarnara a la misma Simone. La rivalidad entre ambas por el amor del padre se resuelve cuando Françoise deja encendido el gas para que Xavière, Simone, muera. Lo mismo le ocurre a Lucienne, que no puede ser feliz ni a kilómetros de distancia porque todavía no ha matado el fantasma de su madre, con el que continuamente se mide y compite.

De otro lado, las protagonistas femeninas más fuertes, que encarnan a la propia Beauvoir, Anne en *Los Mandarines*, o Françoise en *La Invitada* son mujeres que no caen en “la mala fe”, es decir que viven su libertad sin caer en la in nobleza de los celos, o de las pasiones descontroladas. Son mujeres que, según la ética existencialista, viven de cara a su propio proyecto personal y no necesitan vampirizar a nadie ni culpar a nadie de sus fracasos, no tienen amigas tampoco. Son mujeres que, a diferencia de la protagonista de *La mujer rota*, no necesita coartar la libertad de sus amantes o de sus hijos para ser. Pero Anne, Françoise o Simone son únicas, representan un proyecto de mujer que todavía no existe, que nuestra autora tantea y que experimenta, y pone a prueba con su propia biografía personal. Todas ellas, dada su condición de únicas, están solas y aceptan su soledad.

Conclusiones.

El amor infeliz, inspirado autobiográficamente en sus memorias, sigue teniendo, en nuestra opinión, demasiadas connotaciones androcéntricas en Beauvoir. Simone, en sus novelas, movida por su experiencia biográfica, a pesar de la madre del feminismo, sigue viviendo en un universo jerárquico, donde el amor es el centro; pero se trata de un amor concebido desde imágenes típicas de una mentalidad androcéntrica: tales como los celos omnipresentes, la supuesta inevitabilidad de la infidelidad masculina, o el también inevitable fin del amor y del deseo cuando la mujer llega a su madurez. No obstante, en *El Segundo Sexo*, como dijimos, se nos presenta una solución: el peso otorgado a la amistad, una amistad basada en el compromiso y en la acción transformadora.

Pero, a pesar de la crítica anterior, en sus últimas novelas, como *La mujer rota* -como antes hubiera hecho con respecto al sexo y, en general, sobre la condición de la mujer, en *El segundo Sexo*-, Beauvoir aborda temas tabú como la vejez, con el deterioro y la soledad que conlleva, sin ambages, sin falsa compasión y con la lucidez analítica que siempre la caracterizó. En definitiva, sigue practicando una hermenéutica

de la sospecha que denuncia lo que después se ha denominado violencia simbólica, como vimos.

En toda su obra, Beauvoir describe formas de violencia no ejercidas directamente mediante la fuerza física, sino a través de la imposición por parte de los sujetos dominantes –los hombres- a los sujetos dominados –las mujeres- de un esquema valorativo de la realidad. Como ejemplo, en *El segundo Sexo*, está la reproducción del dominio masculino sobre las mujeres mediante las supuestas diferencias naturales, como origen de las diferencias entre géneros. En segundo lugar, pero no menos importante, como hemos resaltado en este trabajo, está también la denuncia de la violencia simbólica de las falsas bellas imágenes de felicidad eterna, asociadas al enamoramiento, el amor conyugal y la maternidad. Beauvoir nos ha enseñado así a desconfiar de la "tontería", de las mentiras melifluas que ahogan la vida y la dicha, de los prejuicios y las rutinas; porque "tontamente", se quieren hacer pasar por dulzura, delicadeza de sentimientos, sobreprotección o incluso santidad. En esta tarea desmitificadora consiste la actualidad de su legado, 60 años después de la publicación de *El segundo sexo*.